

TECNOLOGÍAS DEL PODER Y PODER DE LAS TECNOLOGÍAS

por Alfonso Moraleja*

El siglo XVII fue el siglo de las matemáticas, el XVIII de las ciencias físicas y el XIX el de la biología. Nuestro siglo XX es el siglo del miedo. Se me dirá que el miedo no es una ciencia. Pero (...) no hay duda de que sin embargo es una técnica.

Albert Camus

Pretendemos en nuestra intervención insistir en una relación significativa: el desarrollo de la técnica (o arte) de cómo se debe ejercer el poder político desembocará, en buena medida, en el desarrollo de otras técnicas, las que el poder político requerirá para su supervivencia y evolución. Las técnicas que dieron lugar al ámbito político fueron reproducidas y desarrolladas por éste para servir a sus propios fines e intereses. En la actualidad, la tecnología ha dejado de ser una mera infraestructura para convertirse en una de las ideologías más potentes. Paradójicamente, una mejor relación entre el hombre y la tecnología también pasa por cierto desarrollo del ámbito político.

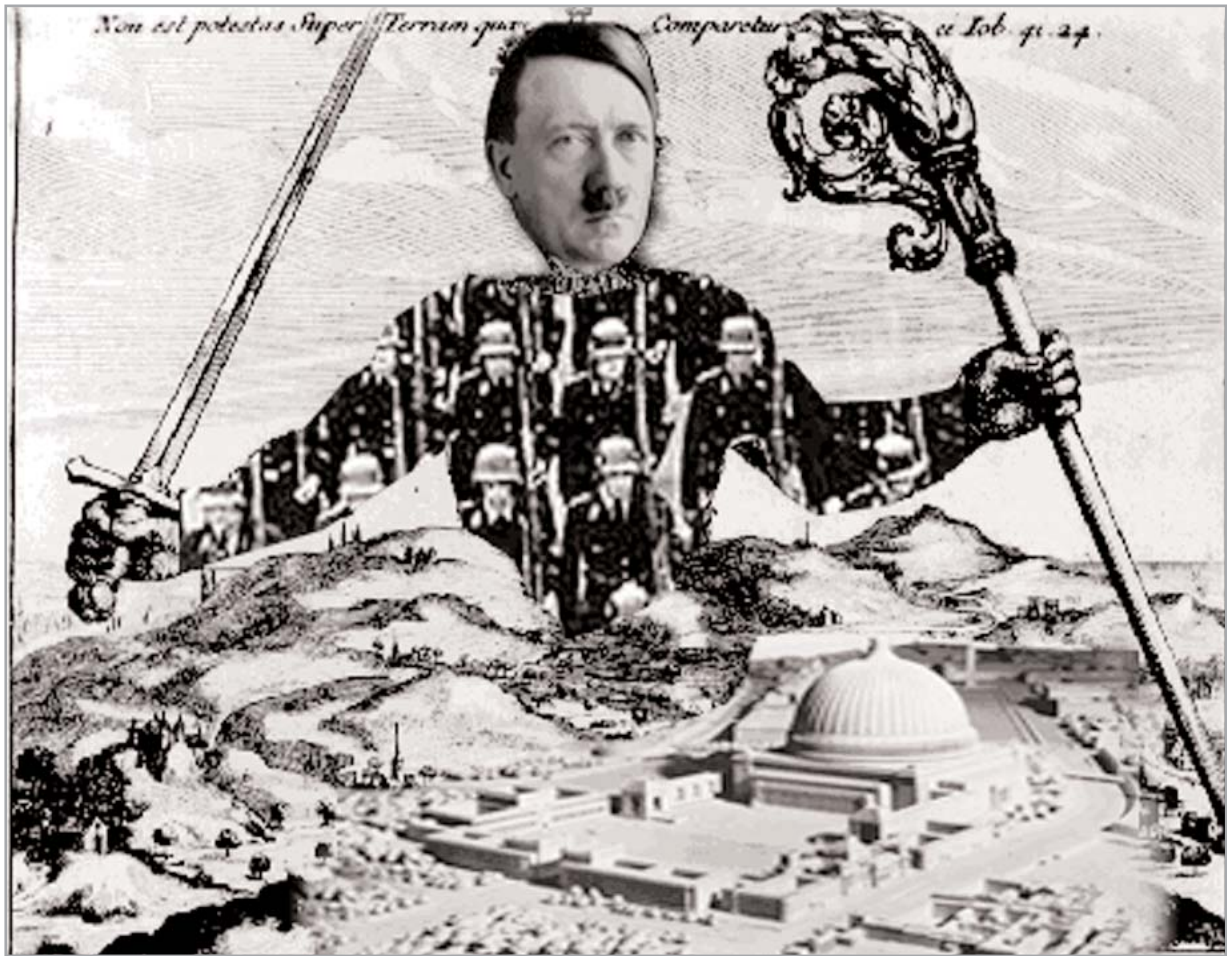
I

Los artífices más significativos de la dimensión política son a nuestro juicio Maquiavelo y Hobbes. Tal y como Leo Strauss señala, Maquiavelo significa un punto y aparte en la reflexión política. La independencia del ámbito político que el florentino establece con respecto a la *éthos* religioso del Renacimiento, discurre paralela a sus investigaciones sobre los mecanismos de las pasiones. La política se convierte en una técnica en la medida en que se cree que los corazones humanos están guiados por maquinaciones y mecanismos previsibles. Desentrañar dichos mecanismos posibilita establecer estrategias preventivas en la acción y en el

poder. A partir de Maquiavelo, las pasiones individuales comienzan a reprimirse o a controlarse *more geometrico* en favor, tanto de los propios intereses particulares, como de los intereses (razones) de Estado. La falta de control que determinados conflictos manifiestan (guerra civil inglesa, por ejemplo) acrecentará en pensadores como Hobbes el ansia de control y poder. El Estado debe de ser para éste una poderosa maquinaria capaz de controlar las sofisticadas máquinas humanas. Curiosamente, el Estado-autómata del materialismo hobbesino se encuentra muy cerca del modelo cibernético de la sociobiología actual, evidenciando así uno de los grandes defectos y limitaciones de ciertas concepciones biológicas recientes: su reduccionismo matemático. En definitiva, y como apunta Langdon Winner, las técnicas del poder serán cada vez más antropomórficas porque el hombre es también en mayor medida más tecnomórfico.

La creciente sistematización práctica del poder que se produce a partir del siglo XVI y XVII anunciará, de la misma manera, el tránsito de la técnica a la tecnología del poder. Paulatinamente, la dimensión antropomórfica irá dejando sitio a la magnitud tecnomórfica: autómatas sin autonomía formarán un nuevo monstruo, Behemoth, consecuencia última de la despedida del humanismo.

*.- Conferencia presentada el 17 de noviembre de 2004 en la Universidad Autónoma de Madrid con motivo del Congreso Internacional "Cultura digital y ciudadanía". El autor agradece de nuevo su participación en dicho congreso a Gabriel Aranzueque y a Javier del Arco.



II

El poder en la actualidad, tenue y difuminado, toma forma y color con las plutocracias de turno. La división entre oligarquía económica y tecnocracia sigue teniendo sentido; no obstante, y a pesar de que no gobiernen los tecnócratas tal y como Veblen creía, los grupos de poder alargan cada vez con mayor precisión sus tentáculos con la ayuda de la tecnología. El poder político no es una nueva mano invisible; lo único realmente invisible son las decisiones que los ciudadanos toman a menudo en el contexto político por la irrelevancia e insignificancia de las mismas. Evidentemente, la reflexión que se produce en las democracias occidentales nos obliga a hablar de mejores o peores democracias; la alternativa “democracia o nada” deja de tener sentido por definición. No obstante, apoyemos nuestras afirmaciones con un dato significativo: sigue siendo rigurosamente cierto aquella afirmación de Marvin Harris lanzada en los ochenta: en Estados Unidos, las

elecciones presidenciales *siempre* han sido ganadas por el partido que más dinero ha desembolsado en la campaña electoral. Así pues, no es de extrañar que la educación de la ciudadanía sea para muchos grupos de poder una cuestión menor: es precisamente la falta de una ciudadanía ilustrada la que facilita y justifica el ejercicio del poder para dichos grupos. Paradójicamente, el poder que la ciudadanía otorga a menudo a la clase política, a las oligarquías económicas, así como a la propia ciencia y tecnología, viene dado no siempre por un dominio objetivo, sino por consenso social: como apunta Severino, la creencia en el poder tecnológico (o político) acrecientan dicho poder.

III

La razón tecnológica se estructura bajo una férrea creencia en la causalidad. No hay lugar para el libre albedrío en el mundo del determinismo tecnológico. Los títeres humanos, que compran la libertad a golpe de

móvil, automóvil, ropa, fragancias y entretenimiento, entienden por libertad poco más que la capacidad para disfrutar de sensaciones agradables al tiempo que obvian los hilos que les dirigen. No es casual que en Spinoza la negación del libre albedrío sea la consecuencia de una comprensión de la vida *more geometrico*. Es esta perspectiva causal la que hace pensar a Skinner, Speer, Heidegger o Ellul que, respecto a la tecnología, “no hay derogación alguna”. Pero la tecnología no es autónoma, y mucho menos independiente: la tecnología no tiene vida propia, tan sólo tiene el recorrido que el hombre propicia. Nuestra relación con la tecnología no es prometeica, sino monstruosa: somos nosotros quienes nos sometemos a nuestras propias cadenas, quienes creamos una criatura inhumana capaz de volverse contra el propio hombre. De ahí que la responsabilidad no recaiga en la abstracta lógica tecnológica, sino en el hombre-marioneta al que le agrada sentirse como una marioneta humana. Puede ser que, como creía Heisenberg, otros inventarán lo que no inventemos nosotros, pero no por eso nuestra responsabilidad será la misma que la de ellos.

Si toda nuestra conducta no es más que la consecuencia de la interrelación de leyes físicas, químicas, electromagnéticas, biológicas o de algún otro tipo, lo que *es* coincide con lo que *debe ser*. Es más, si en el futuro somos tan estúpidos de crear seres menos estúpidos que nosotros, y además, tal y como mantiene entre otros Marvin Minsky, estos seres podrán tener sensibilidad, conciencia e inteligencia, significará, entre otras cosas, que tal vez el hombre es un ser programado por las mismas leyes que le permiten crear artificialmente dicha inteligencia emocional. Afortunadamente, y de momento, parece que no es posible demostrar la tesis determinista. De cualquier manera, parece evidente que *crear* en el libre albedrío otorga al hombre un papel más activo, un papel de protagonista en su vida personal, social e histórica.

IV

Es la propia ciencia, y una consideración filosófica de la ciencia, quienes deben de propiciar el control de la era tecnológica. La teoría del caos, la teoría de la relatividad o el principio de incertidumbre deben también de prevenirnos de una teoría excesivamente restrictiva de la causalidad tecnológica. Los efectos ambivalentes no esperados ni deseados deben de hacernos recapacitar seriamente sobre esta cuestión. “El hombre contemporáneo conoce cada vez menos cómo se producen los procesos en los respectivos ámbitos de su vida. La *botónica* propicia la desconexión absoluta entre el sujeto y el proceso: las relaciones causales se minimi-

zan hasta el límite: sólo sé que con un botón se encenderá mi televisión, mi coche, mi cocina, mi móvil, mi ordenador o la alarma de mi vivienda inteligente. Es posible que muchos busquen los interruptores oportunos para conducir el barco de su vida a buen puerto, sin embargo, el desconocimiento generalizado de los procesos limita considerablemente nuestras destrezas en la tripulación de una vida carente de piloto automático. La falsa sensación de control que produce el mundo tecnológico (síndrome Titanic) es muy similar



a alguna de las sensaciones que produce el universo mágico. La magia —dice Lévi-Strauss— postula un determinismo completo y omnicompreensivo”. Paradójicamente, este determinismo es sin duda solicitado por el mundo científico-tecnológico. En ambos mundos el sujeto vende su libertad al precio de una falsa seguridad. El automatismo tecnológico fascina al hombre contemporáneo en la misma medida que la magia fascinó al hombre primitivo. La magia de la tecnología, como señala Gehlen, va más allá del poder o de la utilidad que proporciona. Quine hablaba del «mito de los objetos físico», epistemológicamente superiores a los dioses mitológicos por su mayor eficacia a la hora de crear una estructura más manejable de la experiencia. ¿Qué podíamos decir entonces de la tecnología? Con la tecnología se propicia no una estructura más manejable de la experiencia, sino la ingenua sensación de control absoluto. Por todo ello, hoy, más que nunca, la libertad sólo es posible en la medida en que conozcamos nuestras limitaciones y condicionantes; pero este concepto de libertad exige, precisamente, el esfuerzo y el sacrificio que la cultura del entre-tenimiento no está dispuesta a pagar. En la nueva caverna virtual, profusamente iluminada, los esclavos ven el fútbol en la tele, juegan con la consola a la guerra, hablan con su vecino por móvil o navegan por internet sin necesidad de

muros, titiriteros o sombras. Para colmo, el respaldo estético que acompañó al fenómeno religioso en otras épocas, viaja hoy, codo con codo, con el aura del diseño, reforzando también así la creencia en un nuevo opio del pueblo: la tecnología sacra.

V

Una de las peores consecuencias que la era tecnológica actual trae consigo es la desmedida *fe* en el progreso. Sin embargo, si observamos detenidamente la marcha del mundo y de sus acontecimientos, sería más conveniente hablar de que la era tecnológica está contribuyendo, desde una perspectiva ética, a que este mundo sea “el peor de los mundos cuasi posibles”, o lo que es lo mismo, “el peor de los mundos cuasi imposibles”. El diagnóstico de Marx sigue siendo absolutamente válido: vivimos en la animalidad, parecería que la historia del hombre aún no se ha iniciado. Es curioso, mientras algunos hablan del fin de la historia, otros dudamos de su inicio. Podemos también decirlo en palabras de Nietzsche: el hombre, si es que en esto consiste, debe ser superado. Artur Clarke también cita a Nietzsche, pero curiosamente para ver en el hombre un mero eslabón evolutivo de lo que ha de venir irremediamente: la máquina. En todas las épocas, se dirá, ha existido y existirá la muerte por condiciones naturales, así como el asesinato del hombre por el hombre; e incluso, si es por cifras, siempre podemos remitirnos a las distintas pestes que asolaron una tercera parte aproximadamente de la población europea a lo largo de la Edad Media. Pues bien, con todo, el hombre actual es mucho más inhumano que el brutal hombre medieval. Una peste en la Edad Media se produce en coordenadas irremediables: el conocimiento de la época no es capaz de eliminar, ni siquiera frenar, la ira y el castigo incontenibles de Dios. Hoy, el grado tecnológico y científico que disfruta una pequeña parte de la humanidad -que disfrutamos- no parece tener consecuencias en el progreso de la humanidad en su conjunto. Si el hombre de hoy puede eliminar sus pestes (el hambre, las sequías, las guerras del fundamentalismo económico o religioso, la propagación del sida y otras pandemias desterradas en el primer mundo), y no lo hace, es porque también nuestro grado de barbarie es *cualitativamente* superior al del hombre medieval.

Por otra parte, la instrumentalización cada vez más activa de la realidad exige una ciudadanía cada vez más pasiva, al menos en determinados ámbitos de la existencia. El mundo es, también cada vez más, un mundo de espectadores, un mundo repleto de personas pasivas e indiferentes que ceden a otros el protagonismo de sus propias vidas; la mayoría de las personas viven como de prestado; vidas de alquiler al módico precio

que fije el mercado del entretenimiento. Los cantos de sirena que otrora pudieran leerse en los libros de caballería, hoy se transmiten desde el mundo audiovisual. La cultura audiovisual crea una pereza en la comprensión y en la acción sin precedentes; o peor aún: una buena parte de los imitadores de la acción audiovisual, cansados y angustiados de no poder comprender el mundo que les rodea, dan salida a sus actos con una visceralidad irrefrenable o con una fe ciega. Nunca el *sapere aude* kantiano («ten valor de servirte de tu propio entendimiento»), estuvo tan próximo a un *saper vedere*.

De todo ello se deduce que somos nosotros, es especial los occidentales y los neooccidentales asiáticos quienes *viviendo*, deben procurar que no existan personas que *sobrevivan*. Curiosamente, esta reflexión sigue conduciéndonos a una pregunta clásica. Podría parecer que la ciencia y la tecnología han propiciado -en el Primer Mundo al menos- que se den las condiciones de felicidad; pues bien, ¿por qué la inmensa mayoría de los hombres de este primer mundo no son ni se sienten felices? De hecho, una vez dislocado el principio de necesidad, creo que son infelices todos los que lo parecen y más de la mitad de los que no. De nuevo, es posible que la respuesta venga asociada al nombre de Aristóteles: el mundo que nos rodea es un mundo en el que se compra y se vende el placer, pero la auténtica felicidad no consiste en tener exclusivamente sensaciones placenteras. Y es que el placer y la felicidad remiten al *yo*, pero la felicidad debe de dar un pequeño y gran rodeo por el *otro*.

VI

Llegados a este punto, debemos desestimar la supuesta neutralidad de la tecnología. Ciertamente, cuestionar la tecnología tan sólo en virtud de quién la utiliza no parece suficiente. Como apunta Winner, lo importante no es tanto quién tira el penalti, sino el fútbol en sí, las reglas de un determinado juego donde una determinada falta se produce. Las finalidades no pueden independizarse de los medios: la tecnología, por decirlo con otras palabras, no es buena o mala tan sólo en relación a cómo se utiliza. No queremos decir con ello que «el medio es el mensaje», pero sí que un determinado medio puede cambiar en cierta medida tanto el mensaje como los fines. Una pistola, por ejemplo, no es buena cuando la utiliza un policía y mala cuando la dispara un asesino. La pistola lleva consigo un determinado estigma dado el poder que confiere a cualquiera de sus poseedores.

Siguiendo las definiciones que establece Cipolla entre *malvado* (aquel que logra beneficio propios pero perjuicios ajenos), *incauto* (el que logra beneficios pa-

ra otros y perjuicios para sí), *inteligente* (el que logra beneficios tanto para sí como para otros), y *estúpido* (aquel que logra perjuicios para todos, incluso para él); creo que nuestra relación con la tecnología es una relación de estrecha y franca estupidez. Es posible que determinados políticos y tecnólogos crean que su relación con la tecnología es malvada (beneficios propios y males ajenos); no obstante, al igual que los vicios privados no derivan en beneficios públicos tal y como creía Mandeville, tampoco los beneficios privados son realmente beneficiosos desde el punto de vista del "factor humano". La tecnología nos obliga a establecer una relación con ella de inteligencia o de estupidez. Pero no queramos la luna, comencemos tan solo por propiciar y obtener relaciones menos estúpidas.

VII

¿Tecnología para todos? La superespecialización tecnológica exige unos procesos de producción, y unos consumidores, que sólo pueden darse en el primer mundo. No obstante, el mayor peligro para la equiparación de los distintos mundos no proviene de las baratijas y juguetes que el consumismo produce, sino de la biotecnología. En el momento en que esta nanotecnología permita confeccionar hombres a la carta, incluso después de su nacimiento, las diferencias entre el primer y el tercer mundo pueden ser inconmensurables.

¿Es Internet un elemento democratizador? A medida que crece la cultura del entretenimiento, de la saturación informativa y de la información irrelevante crece también la incapacidad para un conocimiento real. Posiblemente las diferencias en el primer mundo se reduzcan, sobre todo en nuestro aborregamiento. Una verdadera democracia tiene que ser directa y delibera-



tiva, lo que significa tener ciudadanos capaces de conocer para después decidir de manera crítica. Taylor consideraba que el trabajador "debía ser tan estúpido y tan flemático que su estructura mental se pareciera más a la de un buey que a la de cualquier otra cosa". ¡Bienvenidos todos a *Entretenimiento en la granja!*

¿Realidad virtual? Decía Picasso que "el arte es una mentira que hace que nos demos cuenta de la verdad". La tecnología virtual propiciará una vida tan falsa que hará prescindible toda mentira.

VIII

Buena parte de la responsabilidad social de la creciente estupidez de la ciudadanía está en manos de determinados grupos:

La cohorte de los tecnólogos: ocupados muchos de ellos exclusivamente de sus juguetitos, pierden de vista todo lo que no es eficacia y eficiencia. El reproche que Freud hacía a los metodólogos se ajusta aquí como un guante: preocupados exclusivamente en limpiar las gafas olvidan ponérselas para mirar. Su utilitarismo, al igual que como sucede con el utilitarismo económico, acaba a menudo volviéndose contra ellos. La razón, como ya apuntaba la Escuela de Frankfurt, se convierte en irracional cuando exclusivamente busca la eficacia y la eficiencia: no todo lo que puede hacerse desde un punto de vista técnico y tecnológico debe hacerse. En la medida en que la técnica se convierte en un fin en sí mismo, los medios no sólo se justifican, sino que incluso se santifican.

La cohorte de los pedagogos y psicólogos de la educación, más preocupados por las formas que por los contenidos educativos: lo que les importa es el "cómo", *la mecánica*, no el "qué". Olvidan que su formalismo se convierte en el peor de los contenidos: la vaciedad y el respeto absoluto hacia las ideas, como si éstas debieran respetarse independientemente de sus fundamentaciones o criterios. Se olvida que la verdadera educación, la *formación*, no es tanto preocuparse por una forma vacía, sino por determinadas formas (*eidos*), es decir, por determinadas ideas y valores. Obsesionados antes por la "aptitud", hoy lo están por la "actitud": ¡Cuánto desperdicio de papel por una sola letra! «Max Scheler –comenta Adorno– dijo en cierta ocasión que él había tenido influencia pedagógica por la sencilla razón de no haber tratado pedagógicamente nunca a sus alumnos».

La cohorte de los supuestos *científicos* de la información. Su influencia, y por lo tanto también su responsabilidad, es aun mayor. Estableciendo una pequeña tipología nos encontramos con manipuladores conscientes e inconscientes, seductores tragicómicos de opinión, tergiversadores morbosos, silenciadores

ocurrentes o tediosos, comunicadores de mentiras y medias verdades, testigos presenciales de lo que nunca sucedió, esclavos del dato inmediato, desconocedores absolutos de la relevancia y significado de la informa-



ción, premonitores de eventos, terroristas idiomáticos, cotillas chismosos y cuerpos presentes en la desgracia ajena. Lejos, si no en el más allá, se encuentran los prototipos de Camus u Ortega. Pero también existen buenos, muy buenos; los hay incluso que en un acto de lucidez, dejan de serlo, bien por que se dedican a otros menesteres o porque estudian una verdadera carrera.

La cohorte de los políticos: víctimas de su propia astucia, permiten los monopolios informativos y otros grupos de presión, la falsificación de la democracia, las oligarquías, las plutocracias, así como la separación radical entre la ética y la política.

Pero atención, huyamos de considerar a todos los tecnólogos, políticos, periodistas, o pedagogos como algo más de lo mismo. Aún suponiendo que todos fueran tal y como se han descrito, la vida no es reductible al número ni a la igualdad matemática; por decirlo con otras palabras, y por definición, no todos los políticos son iguales, e incluso en los mismos periodistas los hay que son conscientes de que, frente a la opinión, la información no puede ser plural.

IX

Por todo ello, nuestra propuesta considera indispensable el fortalecimiento de la Política y de la clase política a la hora de frenar los abusos tecnológicos; fortalecimiento que tiene que ir unido, en las democracias actuales, a dos prioridades fundamentales: la educación e información de sus ciudadanos. Lamentablemente, como apunta Marcuse, los hombres hacen su historia "con voluntad pero sin conciencia", por eso es

necesario que el número de ciudadanos *inteligentes* crezca exponencialmente, única posibilidad de elaborar con las distintas e ingentes informaciones procesos de pensamientos que nos acerquen a la construcción de una vida mejor para todos. Sé que esto último es obvio, pero no por ello menos cierto.

Frente al *optimismo ingenuo* de un Negroponte que cree que la tecnología propicia siempre el mejor de los mundos posibles, frente al *optimismo moderado* de un Carl Sagan que cree que la tecnología propicia un mundo mejor siempre y cuando siga habiendo mundo, y frente al *pesimismo ingenuo* de McLuhan que creen que las aparentes soluciones tecnológicas origina nuevos y mayores problemas, apoyamos un *pesimismo moderado* que cree que la tecnología no parece solucionar, al menos de momento, muchos de los problemas fundamentales de la condición humana al incumplir implícita y explícitamente muchas de sus promesas. Frente a la razón racionalista, instrumental y utilitarista defendemos el pensamiento del hombre autónomo capaz de edificar su propia dignidad en el reflejo de la dignidad ajena; frente a una concepción mecanicista del hombre y del mundo que utiliza la tecnología "para poder", mantenemos una concepción holista, próxima a un organicismo hilozoísta y a un luddismo epistemológico, que utilice la tecnología para "poder hacer".

X

Para concluir, he aquí algunas paradojas técnico-políticas:

- 1.- Creemos que la tecnología puede solucionar los problemas humanos porque creemos que los problemas humanos tienen una solución técnica, y creemos que los problemas humanos tienen solución técnica por nuestra desproporcionada fe en la tecnología.
- 2.- Seguimos manteniendo una visión técnica de la técnica, así como una visión tecnológica de la tecnología.
- 3.- Hoy, los seres humanos que intentan *sobrevivir* como animales tienen un mayor grado de humanidad que los que *viven* como hombres.
- 4.- La libre creencia en la causalidad técnica y tecnológica propicia una visión mínima de la libertad incapaz de articular una creencia de signo contrario. Donde la tecnología es un hecho, la libertad es un eslogan.

- 5.- La constante prédica de la neutralidad de la tecnología delata su posición.
- 6.- Seguimos sin leer la letra pequeña del contrato que firmamos con la tecnología: "La servidumbre sigue siendo la condición *sine qua non* de la tecnología".
- 7.- ¿I+D? ¿Acaso se nos ha olvidado hacer viviendas, o solucionar las necesidades de los más desfavorecidos, o invertir más en educación, sanidad o ambiente a costa de otras partidas presupuestarias menos "humanamente rentables"?
- 8.- Si a la naturaleza no se la domina ni obediéndola, a la tecnología se la controla, en mayor medida, suprimiendo toda noción de naturaleza.
- 9.- La comodidad de ver frente al esfuerzo de mirar. La comodidad de mirar frente al esfuerzo de leer. La comodidad de leer frente al esfuerzo de pensar. La comodidad de pensar frente al esfuerzo de hacer.
- 10.- *Fiat mundus, pereat iustitia*: he aquí el nuevo eslogan de la cibercultura. Es necesario un cambio de perspectiva: de la finalidad de los medios a la mediación de los fines.
- 11.- La búsqueda de vida inteligente debería realizarse en primer lugar en nuestro propio planeta. Somos capaces de crear "casas inteligentes" (para privilegiados) para llenarlas de individuos completamente estúpidos. ¿Para qué crear robots si muchos individuos ya se comportan como autómatas? Es posible que en el futuro seamos capaces de crear artilugios más inteligentes que nosotros; esa será la prueba evidente de nuestra falta absoluta de inteligencia.

Bibliografía

- Javier del Arco: *Ética para la sociedad red* (Madrid, Dykinson, 2004).
- Carlo M. Cipola: *Allegro ma non troppo* (Barcelona, Mondadori, 1998).
- David Dickson: *Tecnología alternativa* (Barcelona, Orbis, 1985).
- Jacques Ellul: *La technique ou l'enjeu du siècle* (Paris, Librairie Armand Colin, 1954).
- Erich Fromm: *La revolución de la esperanza* (México, FCE, 1977).
- Arnold Gehlen : *Antropología filosófica* (Barcelona, Paidós, 1993).
- Jürgen Habermas: *Ciencia y técnica como «ideología»* (Madrid, Tecnos, 2002).
- Aldous Huxley: *Nueva visita a un mundo feliz* (Buenos Aires, Ed. Sudamerica, 1975).
- Hans Jonas: *El principio de responsabilidad* (Barcelona, Herder, 2004).
- David F. Noble: *Una visión diferente del progreso. En defensa del luddismo* (Barcelona, Alikornio, 2000).
- Giovanni Sartori: *Homo videns. La sociedad teledirigida* (Madrid, Suma de Letras, 2005).
- Langdon Winner: *Tecnología autónoma* (Barcelona, Gustavo Gili, 1979).
- Langdon Winner: «Do Artifacts Have Politics?», en *The Social Shaping of Thecnology*, ed. de Donald Mackenzie (Philadelphia, Open University Press, 1985).

